UN PERIODISTA

ESPAÑOL montañés, de Santander, nacido en Chile de padres emigrantes, Víctor de la Serna dió al modo ibérico el ballestazo de lo universal desde lo local. Tuvo una vida muy característicamente hispánica por el contraste de la dispersión geográfica y la concentración sentimental en España, el cristiano hogar, la mujer única, los muchos hijos y el amado clan. Ese estar por **jus soli** allá y acá, ese ser ultramarino y cántabro, ese tener un oficio abierto al Universo y ese dominar un idioma ecuménico, propicia la condensación en un pequeño núcleo local, de donde irradia todo lo demás. A Víctor de la Serna no acertamos a verle desgajado de aquel Santander de su **jus sanguinis** y de sus primeros años, donde la tradición mercantil un poco amortecida después de la pérdida de las provincias de Indias, se alquitaraba en nostalgia literaria. Era el Santander del tranvía de vapor al Sardinero y del muelle de Maliaño, donde se melancolizaba la estampa de las fragatas y los "bricks" que habían traído el azúcar de Cuba, el ron de Puerto Príncipe y el café de la Guayra, a cambio de las harinas de Castilla. Los comerciantes llenaban el Libro Mayor desde los escritorios del muelle, con sus mamparos de cristal esmerilado, y Pereda meditaba sus escenas montañesas en la tertulia de la guantería de Güemes. Escribía Amós Escalante, Menéndez y Pelayo acumulaba su biblioteca y Pérez Galdós acudía todos los veranos a "San Quintín". El mundo mercantil, influído por Adam Smith, alternaba con los severos hidalgos de esa Castilla asomada al mar, cuyos hijos juegan hoy al golf en Pedreña o dialogan en voz baja en el escenario británico del Náutico. La niña de Luzmela componía sus primeras páginas. Los viejos pilotos jubilados de la carrera de las Antillas cultivaban la nostalgia en un escritorio conocido por el sobrenombre de "La antesala de la muerte" e iban a primera hora a la Catedral para que la muerte les visitase "con el práctico a bordo", como ellos decían, a lo marinero. Era un mundo mercantil doblado de hidalguía castellana, con el recuerdo de grandes nombres del solar montañés, como Lope de Vega, Quevedo o Calderón de la Barca, y esa vaga añoranza de donde brota por modo espontáneo la literatura. "El piloto" de Pereda, con algo de cuadro de Solana, era el detonante de la aventura. Santander tuvo un periódico que se llamaba "La Atalaya" y lo dirigió un capitán de la Marina mercante, "Pick". El mismo Víctor de la Serna—apellido virreinal, aristocracia de las letras—dirigió otro diario, llamado "El Faro". El mundo transmarino se hizo letras en la pluma de Víctor de la Serna, y por eso se definió a la vez como muy universal y muy local, es decir, con saetazos a todos los horizontes en donde se engendra la múltiple vocación de periodista, y con un minucioso primor por la España desconocida, por las comarcas ocultas o ignoradas, por la tipología hispánica en lugares y rincones que nadie conocía ni expresaba como él.

Víctor de la Serna dió con la fórmula perfecta de quien escribe para un gran público: la nota erudita y no pedante, que es la enseñanza, y la nota popular, que es la identificación con el lector. En una sola palabra: magisterio, elegante magisterio de conseguir que la cita latina no parezca empalagosa gracias al "A mandar" que viene después.

En sus últimos días, como si quisiera asirse a la vida frente a los aletazos que desde hacía algún tiempo amenazaban su salud, y con motivo de las entrevistas concedidas a Marino Gómez Santos para PUEBLO, Víctor de la Serna se quitó cuatro años de edad. Protestó cariñosamente Mariano Daranas en una carta dirigida al director de "A B C", Luis Calvo. Contestó Víctor de la Serna desde la cama con otra carta en la que aceptaba la rectificación, si bien puntualizando que se quitaba lo que era suyo, pero ponía las cosas en su lugar—agregaba—"por si tenían que hacerle la necrología". Estas patéticas líneas fueron seguramente las últimas salidas de la mano del gran periodista, que con ellas se despidió del mundo y de esta España a la que tanto amó.